

madura, como las frutas, hasta podrirse?—, y sobre las fuentes de inspiración, frente a las cuales hoy preferimos la transpiración.

La "historia total" no deja de ser todavía una sana ilusión. Materialmente es imposible construir una historia exhaustiva. Pero otra cosa es excusar la falta de investigación con el pretexto de que el libro no es para especialistas y que "más adelante todo podrá ser completado". Los autores no consultaron la prensa ni las revistas, que son las fuentes que en su momento registraron los acontecimientos significativos y dieron cabida a polémicas y entrevistas indispensables para reconstruir los episodios que se pretende divulgar.

Pero la principal debilidad de la obra es la falta de una clara y eficaz concepción teórica sobre cómo escribir la historia del arte de una región. Se cree que historia es sinónimo de cronología, criterio bajo el cual están organizados cinco de los seis capítulos. En el primero se intenta, demasiado brevemente, señalar la falta de tradición artística antioqueña, mencionando apenas a pintores artesanales como los Palomino, de reciente revalorización, y pasando por alto del todo a Manuel Dositeo Carvajal. El asunto se evacua rápidamente sin reseñar la Escuela de Artes y Oficios ni la litografía de Jorge Luis Arango, que tuvieron un papel de antecesores en la escultura y las artes gráficas. En el segundo capítulo se considera a "Los iniciadores", donde se mezclan inopinadamente Francisco Antonio Cano, Cruzana Gómez y Ricardo Rendón, entre otros; más afortunada resulta la sección dedicada a la escultura.

En "Tradición y vanguardia" incluyen a Eladio Vélez, Pedro Nel Gómez, Carlos Correa y Jorge Marín Vieco con otros artistas secundarios. Los nacidos en los años veinte y treinta quedan clasificados en el "Período intermedio", nuevamente sin distinciones de temáticas ni de tendencias artísticas. La penúltima sección está dedicada a "La renovación", donde se revuelve a los nacidos en los años treinta, cuarenta y parte de los cincuenta, haciendo una pálida mención de la Bienal de Arte de Coltejer, el más importante certamen de las artes en Antioquia.

El libro concluye con un "Diccionario biográfico", donde palabras más, palabras menos, se repiten, esta vez en orden alfabético, los nombres y las hojas de vida de los artistas antes organizados cronológicamente. Con extrañeza el lector notará que aparecen en forma inexplicable Ricardo Acevedo Bernal, Epifanio Garay, José María Espinosa, Enrique Price, Rómulo Roza y Andrés de Santa María. El diccionario es lugar para desactualizaciones: Pedro Nel Gómez sigue vivo, Pepe Mexía no existió, la última obra publicada sobre Rendón apareció en 1976. También para errores imperdonables: Jorge Cárdenas, coautor del libro, escribe en su nota biográfica que "fue el único pintor antioqueño admitido a la I Bienal Iberoamericana de pintura Coltejer"; en realidad, fueron dos: Cárdenas y Gómez Jaramillo.

A favor de la publicación se abonan las ilustraciones, varias de ellas bien reproducidas en color, pero muchas bastante conocidas por pertenecer a la colección del Museo de Antioquia.

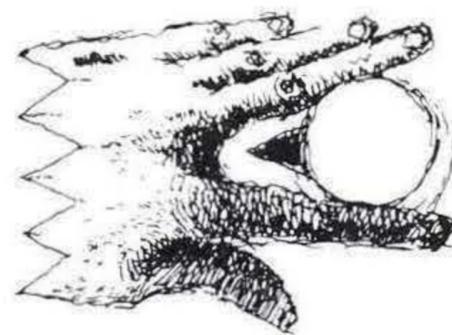
Evidentemente, este trabajo no corresponde al título con que se presenta. Evolución significa "transformación progresiva". Aquí la idea de movimiento sólo se logra dar por sucesión de fechas, que es la manera más pobre y manida de contar una historia. Nada se dice de los cambios en las condiciones sociales del artista, ni de la evolución del mercado de obras de arte, dos aspectos fundamentales sin los cuales no pueden entenderse los precarios hechos inconexos narrados y la información biográfica.

Menos pretensioso, pero más útil y honrado, habría sido un solo diccionario biográfico, género del cual es ejemplarizante el de Carmen Ortega Ricaurte, para lo cual los autores habrían tenido que multiplicar sus esfuerzos investigativos y haber consultado la tesis de grado de Esperanza Arias, Adriana y Marta Jaramillo, titulada *Diccionario biográfico de artistas antioqueños* (Medellín, 1984).

Así, pues, seguimos sin una historia del arte antioqueño. Esta obra es apenas un diccionario incompleto, disfrazado de "Evolución", escrito

desde la precaria óptica romántica e ingenua del divulgador enamorado de su objeto, del que no se distancia, ni duda, ni profundiza en su conocimiento: amor voluntarioso, pero superficial. A esta abundancia inconsútil de nombres desiguales, podría recetarse tres cucharadas de Wofflin y su teoría a favor de una historia del arte sin nombres, complementando con una sobredosis de Hauser y su concepción de la historia del arte como un proceso social, todo debidamente agitado antes de usarse.

SANTIAGO LONDOÑO VELEZ



## Democracia bipartidista: el caso colombiano

**The dynamics of colombian two-party democracy: and historical analysis**

James Carl Powers

University Microfilm International, Ann Arbor, Michigan, 1979, 350 págs.

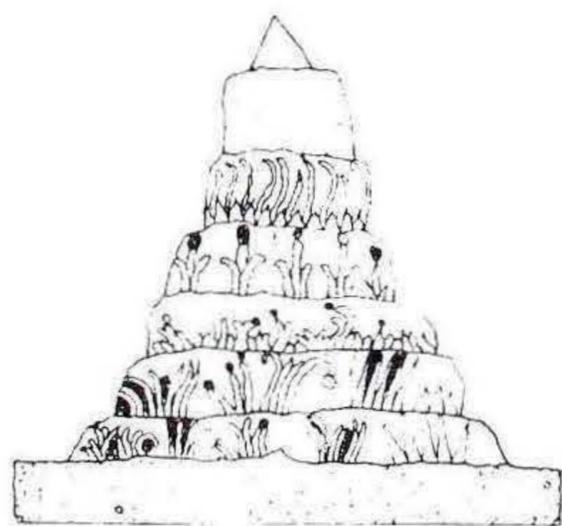
Esta disertación retoma un supuesto funcional de la teoría política, planteando que el sistema bipartidista demuestra una capacidad superior a la del sistema multipartidista para preservar el orden democrático (pág. iv). Luego de reconocer las vicisitudes que ha tenido esta proposición, convirtiéndose en una especie de "cuestión de fe", la disertación intenta determinar hasta dónde la sostiene o la refuta la historia del sistema de partidos colombiano. Hay que recordar cómo el análisis político desarrolla en torno al hecho partidista un enfoque del estudio general del poder, y que la visión sistémica se organiza

con base en el objetivado marco de referencia de las *democracias liberales*. El método utiliza fundamentalmente los modelos *eastonianos* de *insumos* (demandas)-*productos* (decisiones) en la estructura, y *consenso-conflicto* en los procesos componentes del fenómeno político.

La disertación no discute entonces la categorización conocida de mono, bi, o multipartidismo como referencia unidimensional al objeto, factor este que convierte al esquema clasificatorio popularizado por Maurice Duverger en una variable peligrosa, por lo limitada, para intentar explicar o predecir la situación política de un Estado.

Por otra parte, incluso limitándose al panorama funcional, la disertación se circunscribe a justificar pragmáticamente y a evaluar el alcance terapéutico del sistema de partidos, llegando en su conclusión a advertir la necesidad de gran precaución por parte de los *ingenieros políticos* que prescriben el sistema bipartidista como cura parcial para los países subdesarrollados que sufren de los males de inestabilidad democrática. Al centrarse en ese propósito queda marginal o totalmente sin considerar otros *impactos funcionales*, como "la contribución de los sistemas de partidos a la viabilidad y funcionamiento efectivo de otras estructuras, incluyendo el sistema político en su totalidad", lo que para el caso colombiano significa interrogarse sobre qué permitiría, por ejemplo, afirmar que el bipartidismo pueda llegar a formar parte de los hábitos de esta sociedad.

El objetivo, entonces, se reduce a un estudio político comparado, tomando la historia de los dos partidos tradicionales colombianos, delimitada



desde su gestación hasta 1953, esto en razón a que "el acuerdo bipartidista para compartir el poder político retardó la reanudación de la competición bipartidista hasta 1974" (pág. 4). Gravitando tal historia de relaciones entre partidos, se consideran tres aspectos fundamentalmente: la relación entre ese sistema de partidos y el sistema electoral (factor determinante), hasta qué punto el sistema bipartidista hizo o no estable la democracia colombiana, y el surgimiento y declinación de las opciones tercerpartidistas, faccionalistas y coalicionistas.

En conjunto este sesgo metodológico plantea serios interrogantes, ya que por una parte intenta compaginar *historia política* con *política comparada*, lo que no resulta necesariamente en *historia política comparada*, siendo la dificultad para ello compaginar la visión sistémica (diacrónica) con la metodología de la historia. Además, al tomar como idea básica el modelo consenso-conflicto, incurre en un *epicentrismo* semejante al de algunos estudios sobre personajes de la historia política nacional, en los que el método deja anónimos múltiples procesos paralelos (subterráneos o no), reduciendo significativamente la fuerza explicativa del estudio.

Pero pedir algo distinto es desconocer las parcelaciones propias de los métodos de historiadores y politólogos norteamericanos, para quienes, como *James Power* lo reconoce, "la democracia bipartidista siempre ha disfrutado de un estatus especial" (pág. 1). Además, ante la escasez de democracias bipartidistas (se cita a *Robert Dahl* y su hallazgo de ocho casos en 1966 [pág. 28]), el estudio de Colombia adquiere significación, por cuanto permite establecer bajo qué condiciones la efectividad del sistema bipartidista para manejar el conflicto es limitada.

Resumiendo el planteamiento comparativo de este análisis, busca sopesar cómo en Colombia la competición partidista se convirtió en un medio para la expresión de las demandas en conflicto y por esta razón los partidos desempeñaron un papel importante en la moderación y resolución del conflicto. En el capítulo 1, donde se presenta el enfoque, se aclaran los dos

elementos relevantes del modelo: el primero es la condicionalidad que conlleva el estilo de los participantes en el conflicto, y el segundo la conversión del partido político en la más efectiva institución que actúa como mecanismo capaz de confinar el conflicto a niveles moderados. Consecuente con esta tipificación, la exposición organizada en dos partes (1820-1900 y 1900-1953) aborda el papel del partido y el estilo, de los participantes respectivamente: "analiza el esfuerzo de algunos líderes colombianos por alterar esta dinámica con la esperanza de terminar el ciclo de violencia e intolerancia partidista que ha venido a ser una parte establecida del proceso político del país" (pág. 3). Con relación a los partidos, los ejemplos del caso colombiano ilustran cómo se repiten intentos de moderación de demandas, agregación de demandas y la puesta en práctica de medidas políticas. Hubo *moderación de demandas* cuando Laureano Gómez y otros líderes conservadores comenzaron a reincorporar a los jóvenes derechistas dentro del partido conservador, con el ofrecimiento de incluir el punto del corporativismo en el nuevo programa de 1939. Hubo *agregación de demandas* cuando "para mantener la unidad del partido una cortina de silencio fue colocada sobre las principales diferencias separadoras de gólgotas y draconianos", como *Power* explica refiriéndose al "vacío y banal" programa de Ezequiel Rojas en 1848 (pág. 63). También ocurrió con la convención liberal de 1922 en la que *Benjamín Herrera* alcanzó finalmente una influencia para minar el naciente partido socialista, a través de "propósitos políticos que eran respuestas parciales a las demandas de los obreros" (pág. 184). La puesta en práctica de medidas políticas reflejaría el éxito del partido liberal durante los años treinta. En relación con el estilo es notoria la caracterización de los principales líderes políticos colombianos de este siglo según su *moderación* (un *López Pumarejo*, un *Herrera*, un *Santos*, un *Ospina Pérez*) o *inmoderación* (un *Reyes*, un *Uribe Uribe*, un *Gaitán*, un *Alzate Avendaño*) entendiendo esta calificación como "ciertas disposiciones de los participantes en la

disputa" (Lapalombara, J., *Politics within nations*, Prentice Hall N. J., 1974, (págs. 541-543).

Sin embargo, el modelo se queda corto, ya que en la historia colombiana se halla una asociación anormal entre democracia bipartidista y violencia política, o, en otras palabras, un fracaso de la democracia bipartidista en mantener la estabilidad democrática, lo que lleva a tomar en cuenta factores distintos de las diferencias ideológicas (concebidas como núcleo del conflicto) para explicar tal asociación.

Volviendo al modelo antes mencionado, el caso colombiano permite arribar a las siguientes conclusiones:

1. Con relación al origen de los terceros partidos, se confirma la hipótesis de que los sistemas bipartidistas son expertos en prevenir la adquisición (para aquellos) de apoyo electoral significativo (v.g., *movimiento republicano, partido comunista, Unir, comando nacional*). Se hallan tres razones principales para la continuidad de esta hegemonía bipartidista: fuertes lealtades tradicionales de partido, existentes a lo largo del país y resultado de la violencia interiorizada; derivada de la anterior, la verificación práctica de que los dos partidos tradicionales han sido los únicos contendores posibilitados realmente para ganar el poder, y un apoyo electoral producto de estructuras clientelistas, especialmente en zonas rurales, estructura decimonónica que ha encontrado patrones de apoyo, incluso violentos, cuando los terceros partidos han intentado reproducirla.

2. Con referencia a la relación bipartidismo excluyente-estabilidad política, la verificación de que lo primero no ha contribuido a la segunda. La cooptación de los terceros partidos ha sido sólo parcialmente exitosa (v.g., partidos tradicionales entre 1930-1953).

3. Con relación a la agregación de demandas como mecanismo de resolución de los conflictos y mantenimiento de la estabilidad política, se establece su fracaso, mediado por el intenso faccionalismo que ha caracterizado el sistema político colombiano. El fracaso ha sido el producto de la naturaleza clientelista de la

relación votante-partido (especialmente en zonas rurales) que falsea la aseveración referente a la racionalidad del votante, es decir, su actuación centrada en las orientaciones y no en los "favores", y como factor complementario la permanente presencia del fraude y la intimidación en el sistema electoral.

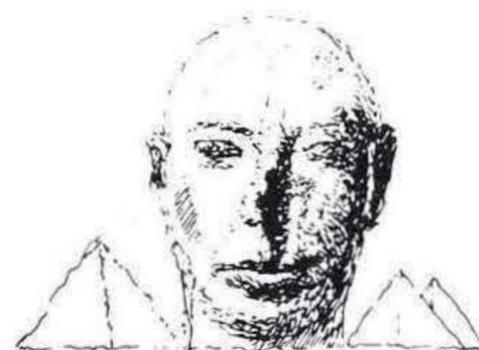
4. Finalmente respecto a las relaciones entre los dos partidos y la masa flotante, localizada en el centro del espectro ideológico que llevaría a la *moderación* del estilo del conflicto al hacer semejantes los programas, la conclusión señala lo dudoso en creer que la polarización política (condición frecuente en el caso colombiano) fuera producto de conflicto ideológico. Por una parte, ni las propuestas socialdemocráticas de los Nuevos (liberales de la década del 20), ni las posiciones antidemocráticas de los jóvenes derechistas conservadores en 1935, ni el tradicionalismo elitista de Laureano Gómez correspondieron temporalmente con los más álgidos períodos de violencia partidista. Al contrario, las persecuciones ocurrieron al iniciarse gobiernos bipartidistas o de coalición dirigidos por jefes políticos reformistas (Alfonso López en 1934) o moderados (Ospina Pérez en 1946). Por otra parte, contra lo que pudiera esperarse, las divergencias ideológicas más acentuadas se dieron dentro de cada partido antes que entre ambos. Leves diferencias en los programas de 1850, y luego virtual identidad en los puntos de vista de liberales y conservadores moderados. Tampoco fue geográficamente comparable el ámbito de mayores diferencias ideológicas (las ciudades), con el de violencia política (el campo).

Luego, en síntesis, se concluye, con relación a Colombia, que las diferencias ideológicas cumplen solamente un papel secundario en el desencadenamiento de la conjunción trágica, y que otras causas más significativas, (lealtades y odios interiorizados, estructura clientelista, atmósfera de estancamiento económico rural, liderazgo político personalista, utilitario de estos factores con fines de poder y prestigio individual) condujeron a la inestabilidad política, ante la cual el

sistema bipartidista lo que hizo fue estimular el desorden, intensificando conflictos que eran en sí mismos relativamente menores. La implicación de estos hallazgos en términos de "ingeniería política" es desaconsejar la presencia de un sistema bipartidista en un país subdesarrollado, ya que, como este caso lo ejemplifica, en realidad hace fracasar el desenvolvimiento de una democracia estable.

Queda a juicio del lector actualizar de 1974 a 1986 esta perspectiva de estudio comparado de los sistemas bipartidistas. . .

ERNESTO RAMIREZ



## Escudriñando el pasado y el presente páez

Territorio, economía y sociedad páez  
 María Teresa Findji y José María Rojas  
 Universidad del Valle, Cali, 1985, 309 págs.  
 mapas y anexos

En los últimos años, el Cauca ha vivido en estado de guerra, lo cual ha afectado profundamente a la población páez, que habita la cordillera Central, cerca de Popayán. La obra de Findji y Rojas sale a la luz en medio de este martirio de los paeces, dándonos un marco conceptual que sitúa tanto las instituciones internas que históricamente han permitido la supervivencia de esta comunidad indígena, como las estructuras económicas y demográficas que en este momento la debilitan. Fruto tanto de una investigación cuidadosa de la realidad histórica y sociológica de los paeces, como de un decenio de cola-